

conservacion con solícitos cuidados; que rechaceis de vosotros todo cuanto despierte la sospecha de que pudiera desaparecer; que os indignéis á los primeros indicios de cualquier tentativa que tenga por objeto separar una parte de nuestro país de las demás, ó aflojar los sagrados lazos que ahora unen á todos sus miembros (1).»

En este párrafo de aquel tan significativo documento parecemos oír la voz de Alejandro Hamilton, de quien sabemos, por conducto del mismo Washington, que aconsejó á este en la redaccion de su testamento político (2). Seguramente en él estaba el gran pensamiento que había animado á aquellos dos hombres, compañeros de armas y héroes, y en el cual vivieron unidos hasta el fin. Lo que ellos dos, alejados de sus cargos, vieron venir con temor, anuncióse muy pronto por graves presagios. Mientras ellos habían desempeñado sus cargos, los enemigos de la unidad habían sentido demasiado temor para combatir las medidas por el gobierno adoptadas, aun cuando sus miras se dirigieran propiamente al gobierno y á la Constitucion. Pero aquel temor desapareció rápidamente y Washington pudo ver cómo el partido de los Estados tomaba, en Virginia y en Kentucky, acuerdos que venían á ser como una declaracion de guerra contra el Estado federal y la unidad nacional. En las resoluciones adoptadas por Kentucky en 10 de noviembre de 1798 y 14 de noviembre de 1799 y por Virginia en 24 de diciembre de 1798, la Constitucion no parecia ya como una ley, sino como un tratado; los Estados no se mostraban como súbditos sino como soberanos á quienes asistía el derecho de considerar los actos del poder federal como contrarios á la Constitucion y, por tanto, de declararlos no obligatorios, de anularlos y de revocarlos (*nullification*) (3).

Cuando al proponerse la ley de deuda federal, la legislatura de Virginia dijo, en una protesta incendiaria, que «era contraria á la libertad americana y á la Constitucion de los Estados Unidos,» Hamilton predijo lo que debía suceder, diciendo: «Esta es la primera manifestacion de un espíritu que debe matarse, pues de lo contrario matará la Constitucion (4).» En vez de la muerte de este espíritu, lo que presenciaron él y el mismo Washington, fué su incremento.

CAPITULO V

GUERRA Y TRASTORNOS EN ITALIA

El corso Buonaparte, con todo el ardor y el entusiasmo de un patriota italiano deseoso de libertar á su patria, dentro de la escuela de Maquiavelo (5), preparó su primera campaña en Italia, que llevó á cabo con sin igual energía. El destronado «emperador de los franceses,» el «ex-rey de Italia» parece que se siente rejuvenecido cuando en Santa Elena comienza la descripcion de aquella guerra con las siguientes palabras: «Italia, encerrada dentro de sus fronteras naturales y separada del resto de Europa por el mar y por elevadas cordilleras, parece llamada á formar una grande y poderosa nacion; pero tiene en la conformacion de su suelo una falta importantísima que puede considerarse como causa de sus males y del fraccionamiento de tan hermoso país en varios principados ó repúblicas independientes: su longitud no es proporcionada á su latitud. A pesar de que el Sur de Italia está, por su situacion, separado del Norte, Italia es una sola nacion. La unidad

(1) *Farewell Address to the people of the United States*, en Sparks, XII, págs. 214-235.

(2) *Farewell Address*, etc. Sparks, XII, pág. 391.

(3) Holst: *Constitucion y democracia*, I, pág. 124.

(4) Holst: *Constitucion y democracia*, I, pág. 77.

(5) F. I.

de idioma, de costumbres y de escritura será causa de que mas ó menos tarde sus habitantes se unan formando un solo gobierno. La primera condicion de vida de esta monarquía será el ser potencia marítima, para dominar sus islas (Córcega, Cerdeña y Sicilia) y defender sus costas. Roma, á pesar de carecer de muchas condiciones para ello esenciales, será la capital que, algun día, elegirán los italianos (6).»

Napoleon, despues de una carrera sin ejemplo, volvía á sus juveniles amores, y esto es precisamente lo que da un atractivo especial á la descripcion que de su primera campaña escribió en el islote de Santa Elena.

Napoleon, el mas jóven de los generales de su arma, debió el tan codiciado mando del ejército de Italia al cambio que, desde 5 de octubre de 1795, se verificó en su situacion, la cual era entonces ya mas elevada de lo que podemos imaginarnos.

En el Paris de los thermidorianos había, además del poder que hemos visto en el club de los jóvenes, otra potencia de gran fuerza, que era la de los salones y de las mujeres hermosas que en ellos dominaban. Apenas el jóven corso hundió su mirada en estas esferas, retrocedió como deslumbrado, pero despues se abandonó por completo á sus encantos, aunque solo para gozar de ellos y no, como hacían otros muchos, para sucumbir á tales placeres. «Este gran pueblo, escribia en 1795, se entrega á las diversiones: los bailes, las comedias, las mujeres,—que son aquí las mas hermosas del mundo,—todo lo dominan. El bienestar, el lujo, el buen tono, todo ha vuelto á animarse, y solo se piensa en el Terror como se puede pensar en un sueño (7).» «Aquí se ha reunido todo lo que puede distraer y hacer agradable la vida. Todo el mundo procura alejar de sí los cuidados, y cómo podria verse nada con colores sombríos en medio de esta tension del espíritu y de este constante torbellino? Por todas partes se encuentran mujeres, en los teatros, en los paseos, en las bibliotecas: en los estudios de los sabios se ven damas de grandes atractivos. De todos los puntos de la tierra, este es el único en que ellas son dignas de manejar el timon; por eso los hombres están locos por ellas; solo en ellas piensan y solo viven por y para ellas. Seis meses bastan en Paris á una mujer para que aprenda lo que le conviene y conozca el poder que ejerce (8).»

En los círculos de una sociedad que se entregaba á los placeres con vertiginosa rapidez, como si hubiese de reparar en algunas semanas lo que en años había perdido, brillaban por su ingenio, por su belleza y por su bondad las señoras Recamier y Tallien, y desde su regreso de Italia (1795) la baronesa de Stael. A la primera, un contemporáneo (9) solo sabe compararla por sus hechizos con una Madona de Rafael; madama Tallien unía á su belleza, que en nada desmerecia de la de la Recamier, las cualidades necesarias para desempeñar un papel político, no pudiendo haber desempeñado otro mas noble que el que escogió. Llamábasela «Nuestra Señora del Thermidor,» pues había empleado toda la influencia que en el ánimo de su esposo ejercía para conseguir el perdón y la salvacion de las víctimas del Terror, sin distincion alguna de partidos. El mismo Thibaudeau, que, considerando sospechoso al marido de aquella señora, aun antes de tenerle que acusar públicamente (10), miraba como un deber permanecer alejado de su círculo y de sus admiradores, dice hablando de ella: «Era solicitada y celebrada por ella misma y por la posi-

(6) *Œuvres de Napoleon I à Sainte Hélène*, en la *Corresp.*, XXIX, págs. 75, 76 y 77.

(7) *Corresp.*, I, pág. 79.

(8) *Corresp.*, I, pág. 61.

(9) Thibaudeau: *Mémoires sur la Convention et le Directoire*. Paris, 1824, I, pág. 131.

(10) Véase mas arriba.

cion influyente de su esposo; era el adorno de todas las fiestas y el alma de todos los placeres; reinaba, sin tener que sufrir las molestias del trono; su imperio secaba muchas lágrimas y no las hacia derramar á nadie. Hablo imparcialmente de ella, pues que no la he visto mas que en sociedad y creo que no he tenido nunca ocasion de hablar con ella (1).»

El Directorio dió por fin á la República un poder público visible y este, á su vez, ofreció muy pronto á los parisienses una especie de corte. El director Barras, hombre que había apurado hasta las heces el cáliz de los placeres sensuales, fué quien inauguró aquella corte y de repente surgió una nobleza cortesana de nueva clase. Marmont la vió, en 1795, en todo su esplendor y en sus Memorias decia despues, hablando de ella: «El Directorio unía á una especie de lujo la mayor corrupcion; Barras, uno de sus miembros, era con razon considerado como un libertino y su corte era la personificacion del libertinaje. Algunas mujeres de fama mas que dudosa formaban el adorno de tal sociedad y se consagraban á sus placeres: la reina de esta corte era la hermosa Mad. Tallien. Cuanto la imaginacion pueda concebir, apenas llegará á la realidad: jóven, bella «á la antigua manera,» vestida con gusto admirable, mostraba al mismo tiempo belleza y dignidad; su talento no era extraordinario, pero poseía el arte de hacerlo valer y cautivaba con su infinita benevolencia (2).» Entre las amigas de Mad. Tallien figuraba la viuda del general Beauharnais, una de las últimas víctimas del Terror, que había sido sentenciado y ejecutado, con otros cuarenta y cuatro, pocos dias antes de la caida de Robespierre. Josefina Tascher de la Pagerie había nacido en la isla de la Martinica en 23 de junio de 1763; de su matrimonio con el vizconde de Beauharnais había tenido un hijo, Eugenio (nacido en 2 de setiembre de 1780), y una hija, Hortensia (nacida en 10 de abril de 1783). Barras (3) y Mad. Tallien la protegían y le dieron una posicion en la sociedad, posicion que no podia ser muy brillante, pues vivía de los beneficios que sus bienhechores la dispensaban y no podia compararse con madama Tallien ni por su belleza ni por su talento.

La sociedad en que ella vivía había conocido, hasta el 5 de octubre de 1795, al general Buonaparte como hombre de talento extraordinario y de físico interesante, aunque no bello, descuidado en su vestido y de maneras no muy distinguidas. El general, por la gran desproporcion que entre su posicion y sus pretensiones existía, era para muchos hombres superficiales un sér problemático, cuya grandeza no acababan de comprender los mismos gobernantes. En los *Archivos nacionales*, de Paris, existen dos documentos que hacen referencia á él, fechados ambos en 15 de setiembre de 1795 (29 fructidor del año III): uno de ellos es una proposicion de la comision de Negocios exteriores presentada á la de Salvacion pública y dice así: «El general Buonaparte se dirigirá con sus dos ayudantes á Constantinopla para entrar allí al servicio del sultan, contribuirá con su talento y sus conocimientos á reformar la artillería de este poderoso imperio y obedecerá lo que los ministros de la Puerta le ordenen; servirá con su grado y el sultan le tendrá como general de su ejército.»

El otro es un acuerdo de la comision de Salvacion pública, firmado por Cambaceres, Berlier, Merlin y Boissy, que dice: «La comision de Salvacion pública acuerda que el general de brigada Buonaparte, á quien la comision había encargado de ciertos servicios, sea borrado del escalafon de

(1) *Mémoires*, I, págs. 131-132.

(2) *Mémoires du maréchal Marmont, duc de Raguse*. Paris, 1857, I, pág. 87.

(3) Yung, III, págs. 113-114.

generales, por haberse negado á ir al puesto que se le había designado (4).»

El día 13 vendimiario se elevó finalmente muy por encima de todos los pretendientes que se hacen los indispensables y de los cuales hay que guardarse mostrando á tiempo gran energía. Desde entonces ocupó una categoría que todos le reconocían y tuvo una posicion en un gobierno á quien había evitado la vergüenza de tener que descubrir públicamente su impotencia, y á cuyo eterno agradecimiento tenía derecho innegable. Napoleon no parece haber sido de aquellos á quienes la adulacion social corrompe, pues posteriormente refiere el siguiente suceso ocurrido en su vida. Una hermosa señora, á quien había conocido en casa de Barras,



El general Beauharnais

le prodigaba mil lisonjas por su talento militar. «Estas alabanzas, añade, me embriagaban; así es que siempre me dirigía á aquella dama y la seguía á todas partes: la amaba apasionadamente y la sociedad en que nos encontráramos lo sabía, cuando yo estaba todavía muy lejos de habérselo dicho á ella.» La dama de quien se trataba era la señora de Beauharnais, la cual, al recibir por conducto del director Barras la demanda de matrimonio, pidió tiempo para reflexionar, y escribió durante este plazo á una amiga diciéndole que á su «indolencia criolla» le había sido siempre muy difícil adoptar una resolucion y que esta vez no sabía en absoluto qué partido tomar. «Admiro, añadia, el valor del general, sus vastos conocimientos en todas las cosas, de las cuales habla con gran seguridad, la viveza de su talento, que le hace adivinar los pensamientos de los demás antes casi de que se los enuncien; pero confieso que me espanta la soberanía que parece querer ejercer sobre todo cuanto le rodea. Su penetrante mirada tiene algo de extraño que no se explica, pero que llega á imponer á nuestros mismos directores, ¡juzga si debe conmovérsele á una mujer! Lo que propiamente había de agradarme, es decir,

(4) Yung, III, págs. 72-73. Probablemente se hace referencia al puesto de general de artillería del ejército del Oeste (Vendée), para el cual hacía seis meses que estaba nombrado, y del cual había sabido constantemente excusarse.